

HOJAS DE PAPALAGUINDA

Por Antonio PEREIRA

Hay una paradoja en el hecho de que editorialmente, comercialmente, sean preferidas las novelas largas a los cuentos o narraciones breves: ahora, justo cuando más se habla de las prisas del hombre, al que debería convenir las dosis concentradas de una historia antes que la empresa caudalosa de la gran ficción.

Pero si tal ocurre en el orden de la producción o comercio del libro, en nada se ha rebajado la estimación del cuento como género literario, por parte de los degustadores más atentos. En los últimos años la narrativa española, el nivel medio de los cuentistas es acaso más alto que el nivel medio de los novelistas. Y del suceso hispanoamericano, bastarla los nombres de Borges y Cortázar (¡y ese "Llano en llamas" de Juan Rulfo!) para economizar mayores explicaciones.

Huidizo a las definiciones, el cuento -pienso yo- podría ser como esas lámparas intensivas, que iluminan un espacio poco amplio, y lo iluminan mucho. Suele pedírsele un final redondo, incluso sorpresivo, abrochador como el último verso del soneto. Pero hay cuentos geniales que no se coronan así. También se dice que el cuento debe desprender una moraleja; que no debe ser una novela en embrión; muchas cosas en fin, que luego se cumplen o no se cumplen. Una vez más, la razón a Malraux: Los artistas te rizan lo que querrían hacer, pero hacen lo que pueden; y su poder, a veces mucho más débil que sus teorías, es a veces más fuerte que ellas". Claro que esto es, justamente, el riesgo y la gloria de la creación artística, imprevisible en sus resultados, ajena a la matemática: igual en el cuento que en el poema, en el cuadro como en la sinfonía...

Volviendo a las "salidas" que ofrece el cuento a sus cultivadores, mal podría decirse que el panorama sea alentador. "La Estafeta Literaria", "Ínsula", "Papeles de Son Armadans", acogen en cada número un original; pero esto apenas cuenta, por el ritmo quincenal o mensual de las publicaciones. Algún ayuntamiento, alguna comisión festera, incluye en sus programas, un galardón que suele aplicarse sin pena y sin mucha gloria, aunque la continuidad y el buen hacer hayan afianzado concursos como los de Badalona, La Felguera, Pola de Lena. Parece que está en crisis el "Leopoldo Alas", obra y milagro durante años de un grupo barcelonés de enamorados del género. Y aunque también hay síntomas a favor (El Premio de "Novelas y cuentos" que dirige el casi berciano Manolo Cerezales), y las venturosas excepciones de alguna editorial, y las luchas de metal noble, la verdad final es un déficit de oportunidades para los

"narradores en corto".

He aquí, pues, el claro motivo de elogio para el empeño leonés que cada año, hacia estas fechas, suena y resuena por toda España, y aún más allá. Primero, en los debates que suponen indagación, y estudio sobre un arte antiguo y actual idéntico en edad al hombre. Después en la concesión de los premios. Y más tarde, será la publicación de las obras escogidas, en pequeñas, valiosas entregas que las rescatan del olvido. (De paso: Debería pensarse ya en el volumen amplio, comercial, con los veinte o treinta cuentos de los últimos años, y un prólogo orientador.)

Ciertamente, en esta última semana de octubre el meridiano literario pasa por León. Por el centro mismo de San Marcelo. Por la casa de Botines.

LLEGO a Lugo cuando, la lluvia tenaz del otoño se ensaña con las últimas guirnaldas de papel de color, residuos de las fiestas de San Froilán. Pienso que mejor me fuera cuatro días antes, para ahorro de tanta nostalgia.

Hubo un tiempo en que al llegar octubre, el corazón me brincaba pensando en las fiestas de Lugo. A mí, leonés hasta la sustancia. Esto lo han de comprender bien mis paisanos de Villafranca. Pero yo soy, por añadidura, un villafranquino del "otro lao", pasado el puente. Toda mi infancia la tuve asomada al viento húmedo de los Colmenares, al viento misterioso y céltico que conserva a los castaños en verdor y en fecundidad. ¡Buen aire para mis ojos de poeta aprendiz!

Frente a la casa de mis padres se extienden unos metros de paredón. Es como el muelle de un puerto, o al menos así se me imaginaba. Los hombres y las mujeres de humilde condición, en él alivian el peso de sacos y banastas, de manojos de injertos y de garrafones de aguardiente. Luego vienen los carros y los camiones. Desde el paredón les aúpan los modestos negociantes sus riquezas. Allí se alza toda la algarabía de la esperanza, pronosticando el éxito de los pimientos, del vino, de las uvas sabrosas del Bierzo para apagar la sed de los romeros en Lugo. A mí me gustaba sobre todo, aquel coche envejecido proclamando por sus cuatro costados una invitación maravillosa: "Ferias, Fiestas y Mercados". Era un coche mixto, que a un tiempo servía para las personas, para las mercancías y para los animales, con perdón. Mi padre cerraba el trato del viaje, que no había tarifas a precio fijo, y allá íbamos los dos caminos del San Froilán. El dirá que lo hace por mí, por mi tierna y agradecida alegría de niño, pero no puede engañarme. Yo conocía mejor que nadie -bueno, después de mi madre- la humedad que le nace en los ojos azules tan pronto como marchamos por Pereje y Trabadelo. Toda su sangre herrera -villafranquina con hondos manantiales en

Fonsagrada- se le pone alerta cuando rozamos los montes de Cervantes, llenos de oscuras resonancias. "Hijo, por aquí veníamos tu abuelo y yo, cuando no había coches ni luz eléctrica, trayendo el hierro de los Mazos". "Hijo, aquella alta montaña es la del Milagro del Cebrero, desde donde Lugo se ve ya si no es la niebla". A mí me corre un estremecimiento de emoción por la espalda, pero lo disimulo), porque un chico no debe parecer mariquita. Piedrafita, Doncos, Los Nogales, Becerreá, Neira de Jusá, El Corgo... Toda una geografía enterrada en lo profundo de la memoria, se me sale a flor de labio, casi a flor de lágrimas, cada año por estas fechas.

Llegábamos a Lugo a media mañana, mi padre impaciente por la misa y el sermón de la Catedral, yo por más triviales inquietudes. La capital se nos anticipa por las "casas del Sacramento". Nunca sentí curiosidad por los motivos de esta titulación; me bastaba y me placía su nombre como de campanas a la hora primera. En seguida, el Cuartel de las Mercedes, el barrio de San Roque donde nos esperaban los parientes de la calle de las Huertas, la puerta de San Pedro que nos daba entrada al cogollo de la ciudad jaranera... A mediodía, la gloria me parecía aquel recinto del ferial, donde mi padre me presentaba con orgullo a los parientes lejanos de Fonsagrada, de Riotorto, de Ferreira del Valle de Oro. A mí me llenaba de vanidad mi prestigio de estudiante. Los parientes acudían a vender varas y aperos de madera para la labranza, navajas de buen corte, calderos de hierro negro para cocer la comida de los cerdos, siempre con perdón. Se dolían de que en Barcelona hacían calderos más baratos, blancos y brillantes, creo que galvanizados. Pero ellos seguían año tras año con su industria familiar, incansables y quejicosos. Yo sacaba de regalo una vara que me sobrepasaba en mucho y algunos reales. Pronto el pulpo, el caldo inefable, la empanada de sardinas, nos ponían el estómago agradecido y el corazón cada vez más contento. El tiempo corría ligero, con bandas de música y orfeones, y el alma se nos llenaba para todo el año, a mi padre y a mí, de una caliente y honda romería.

Ahora que no dependo del ómnibus quejumbroso y puedo apretar yo mismo el acelerador, cuando me creo más libre y dueño de mí mismo, resulta que he llegado tarde a la cita. Pero uno llega tarde a tantas cosas... Quizá por esto me he dado con terquedad a la rebusca del tiempo perdido. Y aún me queda lugar -las tardes son lentas en el Parque de Rosalía- para pensar en algo que me ha preocupado siempre, acaso porque San Froilán fue natural de Lugo y después obispo en León: ¿Qué relación fraterna entre las dos ciudades? ¿Siente un leonés en la calle de la Reina la impresión de provincia vecina, rigurosamente limítrofe? ¿Procuramos algo para aliviar con los afectos las curvas de Manzanal y Piedrafita? Hace años, a las fiestas de Lugo tiene ido una embajada de guapas leonesas, con traje regional y todo, a que las echase flores (en gallego culto) don Ramón Otero Pedrayo. ¿Y ahora?

Pues ahora o nunca, digo yo. Porque aparte otras buenas razones, hay que ver la de lugueses que tienen vara alta en León.